

## 7. Al mafadero, de nuevo

DE NOVIEMBRE DE 1851 A MAYO DE 1854, Nicaragua goza de treinta meses de paz sin interrupción, uno de los períodos de quietud más extensos en las tres décadas desde su independencia de España. Pero la agitación interna no cesa nunca: dicho lapso comienza con los líderes políticos leoneses en el exilio, y a su vez el gobierno en Managua actúa como si a diario anticipa una revuelta. Castellón regresa de El Salvador a hacerse cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores durante la crisis del convenio Crampton-Webster. Como medida preventiva, el general Chamorro guarda las armas de la nación en Granada, excitando con ello los recelos de León.

Al aproximarse las elecciones de noviembre de 1852, dos candidatos surgen con probabilidades de éxito: Castellón como líder de la oposición leonesa, y Chamorro, de la facción granadina en el poder; y como Chamorro controla el ejército, aventaja por mucho al Ministro de Relaciones. Los comicios pasan sin problema, casi desapercibidos. Muchos partidarios de Castellón se abstienen de votar, alegando que habrá fraude, para justificar con ello otra revolución. Chamorro gana, mas no obtiene los dos tercios de los votos en el Colegio Electoral, que requiere la ley, y la decisión pasa a manos de la Legislatura que al fin de cuentas lo elige Supremo Director del Estado en febrero de 1853. Castellón renuncia al Ministerio y se multiplican los rumores de que ya viene otra guerra civil.

Don Fruto Chamorro toma posesión en Managua el 1 de abril de 1853, en los comienzos de la administración del Presidente Pierce en Washington. John B. Kerr regresa a casa y el nuevo Ministro norteamericano Solon Borland, senador demócrata de Arkansas llega a Managua el 11 de septiembre,

en vísperas de que estalle la nueva crisis que casi arrasará con lo que queda de Nicaragua. En noviembre, el gobierno anuncia que ha descubierto y cortado de tajo una conjura; en León arrestan al Dr. Máximo Jerez y otros tres líderes, aunque el cabecilla licenciado Francisco Castellón, el doctor José Guerrero y varios más logran escapar a Honduras. A los cuatro reos los llevan a Managua entre dos filas de soldados, sobre mulas tiradas del cabestro por un escolta; el juicio es en privado y las pruebas del delito quedan ocultas en los archivos secretos del gobierno. A Jerez y sus compañeros los expatrian a Honduras, y el 14 de diciembre el corresponsal del *New York Herald* en Granada informa que la revolución ha terminado. En realidad, está apenas comenzando; los actos arbitrarios de Chamorro la retrasan un poco, pero a la vez la fomentan y le dan fuerza.

El 21 de enero de 1854, inicia sus sesiones en Managua la Asamblea Constituyente para reformar la Constitución a como desea don Fruto. La Asamblea promulga la nueva Carta Magna el 30 de abril: cambia el nombre del Estado a República, el del Supremo Director a Presidente, y le aumenta el período de dos años a cuatro; enseguida autoriza al Supremo Director don Fruto Chamorro a que continúe al frente del ejecutivo hasta 1858, como el primer Presidente de la República de Nicaragua. La tan esperada revolución estalla el 5 de mayo, abriendo de par en par las puertas del infierno sobre los restos del Paraíso Perdido de Mahoma; confirmando con ello las sombrías profecías de muchos observadores, expresadas con lucidez en diciembre de 1853 por el Ministro norteamericano Solon Borland en una carta al Ministro de Relaciones Exteriores licenciado Mateo Mayorga:

... Pero, aunque para alguien no acostumbrado a sus operaciones, aquí, sea difícil el comprender las deplorables causas que lamentamos; no es del todo difícil, para nadie, esté o no acostumbrado a ellas, el predecir las consecuencias desastrosas de su reaparición continua. En relación a ello, no me toca a mí el sugerir una ojeada retrospectiva a lo que la Historia, corta pero preñada

de eventos de vuestra República, revela tan patente y doloroso; y, a la luz que refleja tal pasado, no se necesita de un profeta para que todo nicaragüense inteligente se dé cuenta del desastre que aguarda a la vuelta de la esquina a su nación, si, una y otra vez, se sigue buscando el poder por la fuerza —si, (quizá baste una sola vez más), las llamas de sus altares políticos se alimentan de la sangre de su pueblo, derramada por las manos de sus propios hijos.<sup>119</sup>

El licenciado don Francisco Castellón y sus compañeros leoneses exiliados en Honduras, auxiliados por el presidente liberal José Trinidad Cabañas, zarpan del puerto de La Brea, en el Golfo de Fonseca, en la goleta *San José*, comandada por el capitán norteamericano Gilbert Morton. Tocando en Isla del Tigre donde reciben refuerzos y pertrechos, el 5 de mayo desembarcan en El Realejo y toman por sorpresa el cuartel defendido por 25 soldados. Un defensor pierde la vida en la escaramuza; y de ahí toman Chinandega sin disparar un tiro. Con el alcalde de la ciudad al lado de la revolución, enrolan rápido 200 hombres y los equipan con las armas traídas de Honduras. Los sublevados se llaman a sí mismos "Ejército Democrático" y, careciendo de uniforme, como distintivo usan una cinta roja de divisa en el sombrero. En Chinandega, el 8 de mayo, el General en Jefe, licenciado Máximo Jerez lanza la proclama de rigor, prometiendo respetar y proteger "la vida, el honor y la propiedad de todos los habitantes y transeuntes pacíficos", pero "los que directa o indirectamente auxilien al tirano del Estado [don Fruto Chamorro], serán considerados como traidores a la Patria, y tratados conforme a las reglas de la guerra".<sup>120</sup>

El Presidente Chamorro marcha a León con su ejército y el 12 de mayo ataca a Jerez en la hacienda de El Pozo, en el camino a Chinandega. Ataca de noche, pensando sorprender al enemigo, pero Jerez lo está esperando; y durante la batalla, al disparo de un cañonazo, a Chamorro lo bota el caballo. Algunos dicen que iba borracho; otros lo niegan. Mas lo fuera o no, sus soldados, al verlo en el suelo, lo creen muerto y se desbandan,

dándole a la revolución una resonante victoria sobre el gobierno. Al correr la noticia de la derrota (y muerte) de Chamorro, unidades enteras del ejército se pasan al bando rebelde; León y Managua enseguida caen. Tras andar extraviado por el monte, don Fruto regresa a Granada, donde reina el desaliento y la confusión, la gente corriendo en todas direcciones, algunos llevando sus alhajas y bienes personales a guardarlos en las residencias de los extranjeros y en las iglesias; otros abandonando todo y huyendo a los pueblos vecinos o a sus fincas, para salvar la vida. El arribo de Chamorro restaura la confianza, y la ciudad se comienza a preparar para resistir al enemigo; se construyen con adobes barricadas en las calles, y se montan cañones en las principales vías de acceso.

El ejército de Jerez, ya de 800 hombres, avanza sobre Granada el 26 de mayo, en pleno mediodía, marchando en dos columnas, con bandas de música tocando aires marciales y con la bandera de Nicaragua ondeando al viento, creyendo sin duda que no habrá resistencia; pero para gran asombro de Jerez, 300 defensores abren fuego y la batalla por Granada comienza. Los rebeldes instalan su cuartel general en Jalteva tras ocupar las primeras manzanas de la población, mientras la tropa saquea el barrio y queda diezmada cuando muchos "soldados" leoneses se regresan felices a su casa a gozar del botín. Jerez no le paga a su gente, sino que los deja que se apropien de lo que puedan robar. Chamorro les paga diario a sus soldados y es estricto en castigar al ladrón.

Antes de que termine mayo, los rebeldes han tomado Chinandega, León, Managua y Masaya, o, mejor dicho, dichas ciudades se han unido a la revolución. El Prefecto y el Gobernador Militar de Rivas y el Comandante de San Juan del Sur, abandonan sus puestos, y el 10 de junio los insurrectos toman Rivas sin problema: "Todos los soldados del gobierno huyeron, y todos los varones de la zona —como 500 ó 600— se presentaron a brindarle su adhesión a las nuevas autoridades".<sup>121</sup>

Castellón toma posesión como Director Supremo Provisorio el 11 de

junio en León. Su gobierno domina ya toda la zona del Pacífico, exceptuando la plaza de Granada donde Chamorro sigue sosteniendo con tenacidad su gobierno "legítimo". Sus partidarios granadinos toman el nombre de Legitimistas, con una cinta blanca de divisa en el sombrero y la leyenda *legitimidad o muerte*. Sus adversarios, los partidarios de Castellón, responden con la leyenda *libertad o muerte* en la cinta roja del sombrero. Por lo visto, el lazo de unión de los nicaragüenses —en lo que todos concuerdan, lo que ambos bandos buscan— es la muerte.

En los comienzos del conflicto, los de Castellón ganan el control del lago y del río San Juan, y toman el Fuerte San Carlos y el Castillo de la Inmaculada ayudados por el doctor John Henry Segur, médico norteamericano que comanda la flotilla rebelde de bongos y goletas en el lago. Mientras tanto, el coronel leonés Mariano Méndez y su caballería recorren el campo en los alrededores de Granada, matando al legitimista que encuentran, como lo hacen el 8 de junio en una finca aledaña, donde dejan trece chamorristas muertos, toman cuatro prisioneros y capturan setenta y cuatro rifles, dos cajas de municiones, diecisiete bestias y cuarenta bayonetas. Ambos bandos pronto enrolan francotiradores y artilleros de entre los residentes extranjeros y pasajeros del tránsito. El mayor Henry Doss, tejano, encabeza la lista de mercenarios en el bando chamorrista; el capitán Charles W. Doubleday, inglés que venía de regreso de las minas californianas, reclutado por Jerez, años más tarde narra en sus "Reminiscencias" los combates en Granada:

Ese suburbio de la ciudad, cubierto de chozas de paja y una que otra casa de adobes ... estaba en poder del enemigo. ... Quinientos hombres atacamos dicho saliente ... Avanzando al trote, pronto estuvimos tan cerca que no pudo barrernos la artillería enemiga, y el combate se inició cuerpo a cuerpo. ... tras una larga hora de lucha encarnizada, quedamos en posesión del lugar, con todo el extenso campo de batalla cubierto literalmente de cadáveres; las cintas rojas y las blancas en proporciones aparentemente iguales...

Los muertos en los numerosos combates en los alrededores de la ciudad les pertenecían a los zopilotes, los que, aunque constantemente acudían en grandes bandadas, no lograban sin embargo engullir todo el alimento que la guerra y la peste les arrojaban. Se creía que el trabajo de enterrar a los muertos era muy pesado para dárselo a los soldados, y la costumbre de matar a todos los prisioneros —común a ambos bandos— nos dejaba sin esa fuente de mano de obra. Lo que se acostumbraba hacer era dejar a quien moría de noche, de cualquier causa, frente a la puerta de la casa. Al amanecer, los carretones recorrían las calles principales, recogiendo cadáveres, y los llevaban a un guindo cerca del Polvón, como a una milla de la ciudad, y ahí los tiraban, convirtiéndose pronto todos en una sola masa putrefacta, cuyos gases se nos metían en los pulmones con el aire que respirábamos.<sup>122</sup>

Una división hondureña "compuesta de excelente tropa y excelente oficialidad" bajo los generales Francisco Gómez y Marcelino Licon, enviada por el Presidente Cabañas, refuerza a Jerez el 15 de julio.<sup>123</sup> Dos días después sufren el grueso de las pérdidas en la acción ya narrada por Doubleday, llamada *del cuadro*, fuera de la línea al sur de la ciudad, sobre una altura que domina el barrio de Pueblo Chiquito. La división auxiliar enseguida es de hecho aniquilada por el *vómito prieto* que se desata en el campamento de Jalteva; ambos generales hondureños fallecen víctimas de la peste que arrasa a la tropa. De ahí en adelante, Jerez permanece en Jalteva semanas y meses, sin poder tomar la plaza de Granada.

La prolongación de la guerra arruina al país entero. Ambos bandos imponen fuertes contribuciones, de las que no se escapa nadie. Todos los habitantes de la zona de Rivas que pueden hacerlo se llevan sus bienes muebles al Guanacaste en la vecina Costa Rica, y muchos no piensan regresar. Los cacaotales se arruinan por no haber gente que haga las labores del campo. En Granada, cuando alguien rehusa pagar la contribución que le impone el gobierno, envían tropas a sitiar la casa, y no dejan pasar ni un vaso

de agua para su familia mientras el dueño no entere el impuesto a la escolta. Si el dueño está ausente, subastan sus bienes, y si nadie los compra, pasan a propiedad del gobierno por dos tercios de su valor. La facción de Castellón financia la guerra en la misma forma que Chamorro; claro está que los sospechosos de ser partidarios del enemigo pagan más, y con el correr del tiempo, numerosas personas que han huido de Granada (y están en territorio controlado por León), regresan a sus hogares, a ofrecerle sus servicios a Chamorro. Un corresponsal del *New York Herald*, en un despacho fechado en "La semi-derruida torre del convento de La Merced en Granada de Nicaragua el 24 de noviembre de 1854", da algunas cifras de la creciente deuda interna y externa y de las pérdidas materiales de la nación:

La deuda oficial es la siguiente: —Bonos de banqueros londinenses, \$360.000; hacienda de Santiago Mercher, \$28.000; Manning y Glenton, \$90.000; gobierno de Guatemala, \$8.000; gobierno de Costa Rica, \$10.000; vales del gobierno válidos para pagar impuestos y multas, comprar terrenos, etc., \$315.000; hacienda de John Bayly, \$1.700; además de la paga de los militares de 1845 a 1851, que asciende a \$150.000, y varios reclamos franceses y norteamericanos que están por adjudicarse.

Las casas que incendiaron en esta ciudad valían por lo menos \$200.000; bienes que cogió la facción de Castellón en la Aduana de San Carlos, \$30.000; bienes que cogieron en la casa del ciudadano español Cayetano Ybarguen, \$20.000; del Departamento de Rivas, cacao y dinero, más de \$80.000; de la ciudad de Masaya, \$10.000; ganado de las fincas de Chamorro y otros, \$20.000; y de la ciudad de León, todavía nadie sabe cuánto. En esta ciudad, se llevaron más de \$60.000 en pertenencias robadas a las clases bajas. ... Siete de cada ocho bongos o botes de los que transportan víveres y mercancías en el río, están destruidos...<sup>124</sup>

El curso de los acontecimientos se inclina poco a poco a favor de Chamorro. Varios norteamericanos del comando del Dr. Segur, que surca el

lago en tres goletas artilladas, se van de Nicaragua disgustados cuando la facción democrática no puede pagarles sus servicios. Los agentes de Castellón tratan de reclutar nuevos mercenarios entre los californianos que cruzan por el istmo, prometiéndoles \$200 mensuales y cincuenta acres de tierra a cada uno, "pero los viejos buscadores de oro quieren \$100 en efectivo, en metálico, si no se quedan".<sup>125</sup> Falto de fondos, los agentes de Castellón se regresan con las manos vacías. Al debilitarse los leoneses, Chamorro pasa a la ofensiva, llevando la lucha a otras regiones del país, y el Presidente Cabañas se ve forzado a enviarles rápido más ayuda de Honduras a sus amigos en Jalteva. Tres columnas legitimistas salen de Granada a finales de agosto, hacia Diriomo y los pueblos vecinos, a matar al democrático que encuentren. En Nandaimé pasan por las armas a los veintiocho defensores del cuartel. En el mismo agosto, los granadinos reparan varias goletas intentando recobrar la posesión del lago. El 15 de septiembre de 1854, (33 aniversario de la Independencia de Nicaragua), la goleta *La Zara*, capitana de la flotilla del general Ponciano Corral, cerca de la isla de Zapatera derrota y aborda a la goleta democrática *La Esperanza*, pasando a cuchillo en el acto a cuarenta revolucionarios. A unos pocos, que imploran piedad, Corral les perdona la vida como una excepción extraordinaria concedida en memoria de la Independencia. La matanza implacable de los prisioneros es la regla de ambos bandos, y plaga al Paraíso Perdido de escenas macabras que los cronistas estampan en el papel, aunque en colores pálidos comparados con los hechos, a como lo hace Doubleday al narrar otro combate en las goteras de Granada:

Los cadáveres, unos con cinta roja y otros con la blanca, yacían desparramados en el suelo por todos lados en el patio. Era obvio que una lucha encarnizada precedió a la victoria. Mas, lo que al instante me llamó la atención, fue un grupo de hombres bajo un gran palo de mango en una esquina del patio. Entre ellos, sobresalía Méndez, con un pañuelo a colores amarrado en la cabeza; se había quitado la chaqueta, y blandía en la mano su larga espada



toledana, con la hoja bañada en sangre fresca. Daba órdenes a varios soldados que lanzaban la punta de un mecate por sobre una rama del mango; la otra punta formaba una soga sujeta al cuello de un prisionero. No muy lejos, se hacían preparativos similares para colgar a otro prisionero, la mayoría de los cuales, hincados de rodillas, elevaban plegarias a su Dios, implorándole la misericordia que sus semejantes les negaban.<sup>126</sup>

Los estragos de la guerra se extienden rumbo norte a Teustepe, Laurel Galán, Palacagüina y finalmente a Jinotega, donde el 2 de diciembre de 1854, las fuerzas legitimistas del teniente coronel Tomás Martínez derrotan a un ejército de 480 hombres enviado por Cabañas, dando muerte a más de cuarenta soldados hondureños. A cinco oficiales hondureños fugitivos los capturan después, ya lejos del campo de batalla, y los envían a Granada. A su arribo, los fusilan sin dilación en la plaza, "juzgados y condenados conforme el severo decreto de don Fruto".<sup>127</sup> Recuperado el control del Lago con su flotilla, el general Corral toma el Fuerte San Carlos y de ahí, el 16 de diciembre, el Castillo de la Inmaculada en el río San Juan. En el parte oficial de la toma del Castillo, Corral anota que "al enemigo se le hicieron doce muertos y uno que se ahogó huyendo".<sup>128</sup> El testigo presencial William Weir, capitán norteamericano del vaporcito fluvial *Charles Morgan*, narra el episodio del ahogado en una declaración jurada pocos días después:

El vapor *Charles Morgan* ... estaba anclado en el embarcadero cuando ocurrió el ataque ... Al concluir el combate y tomar el fuerte y el punto las fuerzas de Chamorro, el comandante Laurrino Zelayno [Laureano Zelaya] y uno de sus tenientes lograron huir y refugiarse en la casa de David Israng; ahí los encontraron los soldados de Chamorro; y al descubrir su identidad, y a pesar de los ruegos y súplicas de Israng y su esposa, los bayonetearon y asesinaron, a sangre fría, en mi presencia. Tras ese bórrido espectáculo, un oficial del ejército de Castellón, herido en el combate, me pidió asilo en el barco. Viendo que ya la lucha había concluido, y apiadándome de los sufrimientos de ese

hombre, por sentimientos humanitarios lo llevé al castillo de proa a curarle las heridas, cuando un oficial y varios soldados de Chamorro que pasaban frente al vapor lo vieron. Ya iban a disparar para matarlo en mi barco, pero yo lo impedí, interponiendo mi cuerpo entre ellos y el herido. El pobre hombre les rogó que lo llevaran donde su comandante, el general Carral [Corral], a implorarle misericordia y que le perdonara la vida. Al prometer el oficial que lo llevaría donde Carral, yo permití que se lo llevaran. Lo bajaron a tierra, y apenas habían dado cuatro o cinco pasos, lo tiraron al suelo y uno de los soldados, afilando el cuchillo en el cañón del fusil, agarró al prisionero herido y lo degolló. Enseguida echaron el cadáver al río.<sup>129</sup>

Y durante la segunda mitad de 1854, la lucha sin cuartel continúa ensangrentando sin cesar el suelo de Granada. Jerez celebra la Navidad el 24 de diciembre con "un espantoso cañoneo [que] dirigió ese mismo día a la torre de la Merced, hasta que a las cinco de la tarde cayeron la cúpula y el cimborio, haciendo un estruendo temible. Mil gritos acompañados de la música marcial celebraron en Jálteva el derribo de la torre".<sup>130</sup> Un mes después, los defensores de Granada ganan una importante batalla, y el 9 de febrero de 1855 envían una fuerte columna a atacar Masaya. 200 leoneses sostienen la plaza durante dos horas, desde el mediodía hasta las 2 P.M., cuando salen derrotados, dejando 134 cadáveres en el campo. Su bastión era la iglesia parroquial, y las escenas finales de la matanza las estampa en la Historia la pluma de don Francisco Ortega Arancibia, uno de los atacantes:

Al comenzar a subir [al campanario de La Parroquia], nos encontramos en la tercer grada de la escalera con unos prisioneros, que en el primer piso de la torre se había hecho, y amarrados con una sola cuerda de los badajos de las campanas descendían como una ristra de ajos, conducidos por un excelente oficial, Duarte, managüense.

Eran los avanzados: Valdés, Gago, Cusero, y otros cuatro, todos conocidos del autor, que me pedían su salvación, llamándome padre, hermano,

amigo, en su congoja. Urtechito se abrió paso y continuó ascendiendo; el autor regresó con aquellos desgraciados con objeto de salvarlos auxiliado del valiente y humano oficial Duarte.

Tan luego vieron a los prisioneros en el suelo, unos pocos soldados cargaron sobre ellos con mirada famélica, intentando matarlos; pudimos los dos defensores sacarlos ilesos hasta el atrio; pero allí se juntaron otros exaltados, que con más furia pretendían vengar con su sangre la de Urtechito que habían matado; aquel aserto era inventado para motivar el sacrificio ...

Los soldados se quejaron al Coronel Xatruch, que se acercó montado al lugar del altercado, y este Coronel les dijo: "Mátenlos". No había sonado la última sílaba de esa fatal palabra cuando los hidrófobos soldados dispararon simultáneamente sobre la sarta de prisioneros que, cayendo unos sobre otros, fueron las últimas víctimas de aquella hecatombe humana. ¡Horrores de la guerra! El montón de aquellos agonizantes hombres formaba un cuadro espe-luznante: catorce pies y catorce manos se movían convulsos con los estertores de la muerte.<sup>131</sup>

Con la toma de Masaya por Chamorro, Jerez abandona Jalteva y se repliega a León en medio de otra terrible carnicería al día siguiente, dejando otro montón de muertos que hubo que incinerar.<sup>132</sup> Para el fin de febrero, los chamorristas han recobrado La Virgen, San Juan del Sur, Rivas y Managua, y avanzan más allá de Mateare, camino a León. Pero don Fruto Chamorro no vive para alcanzar y saborear la victoria: el 12 de marzo de 1855 fallece de una dolencia hepática crónica. Sus sucesores, heredando su autoridad inflexible, se dedican a la tarea de hacer escarmientos entre quienes han auxiliado a los leoneses en la guerra. Las cárceles se llenan de prisioneros políticos: más de 300 mujeres y 400 hombres, "muchos de ellos inocentes, á quienes se sacaba diariamente con una cadena al pie á trabajos públicos, unidos con los criminales ... Una infeliz, sin otro delito que ser la esposa de uno de los revolucionarios más activos, fué mantenida con grillos; y aquella desgraciada, que se hallaba en vísperas de alumbrar, no pudo conseguir, ni en

el acto supremo del nacimiento de su hijo, que le libertaran los pies".<sup>133</sup> El ministro norteamericano John Hill Wheeler fija, en su Diario íntimo, algunas escenas que presencia desde su puerta frente a la plaza de Granada:

Mayo de 1855...

Martes 8 — ... Nuestros ojos vieron con dolor cuando las tropas conducían al prisionero Irinso [Ireneo] Matus hacia la Altava [Alteva], donde lo van a fusilar. El pobre hombre pasó ante nuestra puerta apretujando el crucifijo en sus manos, mientras un sacerdote le iba leyendo las oraciones de la Iglesia...

Jueves 10 —Dobles de campanas hoy por otro fusilamiento militar...

Viernes 11 —Tropas sobre las armas hoy —otra ejecución, un joven de Massiah [Masaya].

Y al alejarse de Granada el campo de batalla, Wheeler anota en su Diario:

Domingo 20 —Disparos de cañón y gran regocijo por una victoria obtenida en la Hacienda Santa Anna, como a 10 leguas de León ...

Martes 22 — ... Gran regocijo por otra victoria.<sup>134</sup>

Pero enseguida, cuando el general Ponciano Corral se apresta a lanzar la ofensiva final sobre León, un nuevo azote mata a millares de nicaragüenses en cuestión de semanas. El cólera morbo entra por la ruta del Tránsito en junio y se extiende veloz al norte, aniquilando en pocos días al ejército legitimista concentrado en Managua y sembrando de cadáveres insepultos la ciudad y caminos aledaños. Un periodista norteamericano pinta el cuadro de Granada después de un año de guerra:

Me encuentro aquí en esta ciudad de Grenada [*sic*] afamada de bella, otrora joya y orgullo de Centroamérica, pero ahora estampa de ruina y decadencia.

La guerra civil con todos sus horrores, ha dividido a casi todos los hogares de esta tierra, y no es nada raro encontrar al padre luchando contra el hijo, y al hermano contra el hermano, que añadido al carácter feroz y sanguinario del conflicto, a diario produce espectáculos horripilantes.

Muchas calles de la ciudad están casi desiertas mientras se siguen derrumbando las casas y se cierra el paso al acumularse los feos montones de escombros sobre la vía. Todas las casas muestran las cicatrices de los daños sufridos durante el reciente sitio. En la que estoy alojado, un cañonazo dejó sus huellas al destrozarse los barrotes de hierro que protegen las ventanas frente a la calle. Las barricadas siguen en pie; porque este pueblo no conoce la paz ni el comercio, y el horrible espectro de la guerra aún se cierne por todas partes. Asimismo el cólera, en su marcha de muerte, ha venido a aumentar la espantosa aflicción en que vive esta gente, habiendo ya segado cuatro mil víctimas con su guadaña, y todavía no se ha ido de Managua y Masaya, y aún no ha llegado a León y poblaciones aledañas a cobrar su cuota de cadáveres.<sup>135</sup>

Dividida, destrozada, desvalida y exhausta, en 1855 Nicaragua es una presa fácil requetemadura para una banda de filibusteros extranjeros. En ese momento interviene Walker, y Parker H. French, el periodista que escribe el reportaje anterior, juega un papel importante en su aventura. Pero antes de traer a Walker, debemos echar una mirada a otros filibusteros norteamericanos que también entrarán en escena.